

y les titilan de placer las colas
 mientras beben los senos maternos.
 Al traspasar la puerta del establo,
 un efluvio de aromas campesinos,
 un ancho ambiente de regazo tibio,
 un enguatado olor á fofu heno,
 se exhala del estiércol oloroso
 hecho de avena y cálices silvestres.
 Tendidas en el lecho de blandura,
 al fin reposan mientras entra oblicuo
 el manojo fragante de verdura
 por el extremo de sus lentas bocas,
 que mueven, encontradas, sus encías.
 Los recentales brincan por sus cuellos,
 por sus ancas solemnes; y ellas, mudas,
 patalean se dejan las entrañas,
 sintiendo en sus regazos la alegría
 de ser madres de amor, mil veces madres...

IDIPIO

Entre el sopor de la siesta que duerme Galicia lozana,
 junto á la fuente que ronda zumbando clamante abejorro,
 medio entreabierto la boca encendida, de olor á manzana,
 bebe una moza las gotas del arco movable del chorro.

Y bajo d'él, colocando la herrada que trajo á la fuente,
 mira llenarse la tosca vasija de inquietos albores,
 como si rosas de recias espumas y luz floreciente
 se desflecasen en mil carcajadas y locos temblores.

Entre el ardor de la brisa gallega, la moza suspira;
 y bajo el arco de carne florida del pecho oloroso,
 la juventud balancea, temblando con ritmo de lira,
 la plenitud de los senos redondos de mármol glorioso.

De su mocío, remota en el aire, le viene la queja,
 y con los dedos, tapando de pronto del caño el ruido,
 con la avaricia que bebe la esponja, se ensancha su oreja,
 y á los ramales del viento le arranca del hombre el sonido.

«Por las praderas te busco, le dice la copia de llanto:
 por las vertientes y al pie de las aguas que rompen su flecos;
 por los apriscos, y lloro de ovejas contesta á mi canto;
 por los torrentes, y sólo á mis ayos responden sus ecos.»

«¡Cuándo será que mis ojos te miren, arisca paloma,
y que la risa reviente tus labios de roja granada,
y bajo el chorro que forme cayendo tu risa de aroma,
ponga mi pecho y en luces rebose cual fondo de herrada!»

Ella contesta con voz clara y dulce: «Te espero en la fuente,
ven y al ganado cortemos la hierba del campo moreno,
y con mi pelo, que es trigo de Julio y es oro riente,
ata si quieres con manos de novio los haces del heno.»

Y hacia el cantar dirigiendo el amante la planta briosa,
halla en la fuente la moza que sueña del agua al conjuro,
y al contemplarlo, del pecho rotundo la curva ambiciosa
triumfal balancea los prietos racimos del seno maduro.

El la sujeta feliz en sus brazos, que tiemblan latentes,
ella resiste la lucha amorosa con giros fugaces,
hasta que al fin, al prenderla de nuevo los brazos potentes,
dan entre risas, jugando y corriendo, del heno en los haces.

Y entre el sopor de la siesta campestre que evoca á Virgilio,
mientras que duermen al son de las ramas del lago de Seira,
finge la fuente la gaita del Norte que arrulla el idilio,
como si Pan estuviese tocando la alegre muñeira.

EL PAN

En nombre del padre de toda armonía
que amasa los hombres, los astros, las cosas
yo elevo la hostia del Pan que es poesía
comunión de espigas y gracia de rosas.

¿Qué boca merece tocarla? La lengua
que noble reciba del pan la hermosura,
no ha de haber sus frases manchado la mengua
y ha de ser diamante de clara y de pura.

El es sacrificio sublime que calla,
la hoz lo destroza, lo trilla la era,
los puños le imprimen terrible batalla,
y el horno hace místico su ser en la hoguera.

¿Qué lengua merece comerlo?, ¿qué boca?,
él es un extracto de inmensos dolores,
y es cuerpo formado de trigo, en que choca
todo son de lágrimas y humanos sudores.

El pan es dorado como una patena;
es copón de granos, de seno fecundo;
el pan es sol santo que todo lo llena,
y su ara es la esfera redonda del mundo.

Tendiendo á él las manos el rey y el mendigo,
temblando le piden calor y energía,
y el disco de espigas, el sol de áureo trigo,
les manda en sus rayos virtud y alegría.

Pero el que perciba del pan la fragancia,
ha de trabajarlo para merecerla;
no basta á los honores comer su substancia;
han de hacerse dignos también de comerla.

El pan no se tira, se besa; es sol rubio;
es Dios hecho espigas y ardientes trigales;
es luz de la copa del sol, que en diluvio
se vuelca y desata sus libres raudales.

Quien el pan sostiene, feliz, en sus manos,
mira en él un cáliz de forma precisa;
con él hace á todos los hombres hermanos
y dice en su mesa, que es ara, su misa.

Nadie al pan ultraje, que es cosa sagrada;
yo cuando á mi boca gozoso lo llevo,
pienso, fascinado, que es hostia dorada,
y cual sacerdote que oficia, lo elevo.

Ganar el pan noble de todo redime;
él ata la suma de cien maravillas;
su cuerpo es presente tan alto y sublime,
que el pan se debiera comer de rodillas.

Más sabe una espiga que todos los sabios;
tiene magia eterna la luz de su brillo;
¡entra, ¡ oh rubia forma de trigo!, en mis labios,
y hazme noble, y sano, y alegre, y sencillo!

LA BACANAL

Desfile antiguo.

I

Está de fiesta la triunfante Roma;
desierto y mudo su elocuente Foro;
con estallar de estrépito sonoro
la delirante bacanal asoma.

No importa que minando la carcoma
esté su base de sillares de oro,
ni que entre mares de imborrable lloro
caiga como la impúdica Sodoma.

El festival con su esplendor la baña,
y sus noches magníficas recrea,
y con báquicos bailes le acompaña.

Y Roma entre el festín que la rodea,
vacila como tronco en la montaña
que, antes de herirlo, el viento bambolea.

II

Abren la marcha grupos numerosos
de Silenos con pieles revestidos,
que adelantan el paso confundidos
con grupos de bacantes bulliciosos.

Agitando los tirso primorosos
de cien lazos espléndidos ceñidos,
excitan y enardecen los sentidos
con sus bailes de ritmos cadenciosos.

De la noche rompiendo las tristezas,
van antorchas de rayos penetrantes
que del cuadro destacan las bellezas.

Y un escuadrón de sátiros saltantes
conduce en las corníferas cabezas
hojas de yedra en círculos triunfantes.

III

Mujeres con figura de victoria
siguen vestidas de lujosas galas,
y abren en sus omoplatos las alas,
símbolo de su triunfo y de su gloria.

Vivas luces ardiendo á la memoria
del gran Dionisos brillan cual bengalas,
y de sus tonos tienden las escalas
sobre el festín de la romana escoria.

Un bello altar de perlas coronado,
que irradia como asiático tesoro,
va de frondosas pámpanas orlado.

Y en pos cien niños á compás sonoro,
llevan como presente delicado
el azafrán en páteras de oro.

IV

Tras de un tropel que rompe y desbarata,
libre de toda ley, lazos y frenos,
llegan en el tumulto dos Silenos
en cuya piel la luz rayos desata.

Uno que el vivo júbilo retrata,
va dando brincos de destreza llenos,
y el otro lanza vibradores truenos
de una trompeta de maciza plata.

Entre los dos, de trágico vestido,
un hombre va colérico accionando
y el rostro tras la máscara escondido.

Es el actor que avanza declamando,
y viene con acento enardecido
dáctilos y espondeos recitando.

V

Esparciendo prolíficas los dones
con que la madre tierra las dotara,
entre pompas que un rey ambicionara
avanzan las diversas estaciones.

Resuenan encomiásticas canciones
en las que va la perfección más rara,
y en copa enorme que de hervir no para
hacen sátiros mil sus libaciones.

Trípodes al de Delfos semejantes
y piedras erizadas de facetas,
van mezclados con copas deslumbrantes.

Y ensalzan en su lira los poetas
con ditirambos bellos y brillantes,
el premio destinado á los atletas.

VI

Baco encima de un carro reluciente
va por torvas panteras arrastrado,
y en un vaso de plata cincelado
bebe la espuma del licor hirviente.

Un tazón de Laconia transparente,
bajo el dosel de pámpanas formado,
luce su primoroso modelado

junto á jarros y perlas del Oriente.

Muestran las cabelleras destrenzadas
en el carro triunfal nobles matronas
con las sacerdotisas inspiradas.

Y cubiertas de pieles de leonas,
van al pagano rito encadenadas
mujeres con laureles y coronas.

VII

Cien brutos de otro carro van tirando:
es un lagar de áureos racimos lleno,
que están al son de un canto de Sileno,
enardecidos sátiros pisando.

Al brusco ritmo con que van bailando,
la uva derrama su jugoso seno,
y fingen sordo resonar de trueno
los duros pies el suelo golpeando.

Copas de plata el chorro desprendido
reciben en sus fondos deslumbrantes,
cual si el nácar hubiéralos bruñido.

Trasiéganlas las turbas delirantes,
y el carro lleva á su espaldar uncido
un reguero de lúbricas bacantes.

VIII

De la profusa bacanal liviana
avanza otro vehículo asombroso
bajo un odre gigante y portentoso
que de leopardas pieles se engalana.

Sobre su inmensa cima soberana,
como en hombros de homérico coloso,
en montón hacinado y prodigioso
junta sus artes la ciudad romana.

Jarros, tripodes, vasos á porfia,
bajo-relieves de cincel divino,
asombran la exaltada fantasía.

Y á lo largo llevadas del camino,
al par que derramando la alegría,
van vertiendo las cráteras el vino.

IX

Sigue un cuadro de gracia y de belleza;
niños vestidos de ideal blancura
muestran ceñidas á la frente pura
coronas que tejó Naturaleza.

Sobre un carro cargado de riqueza
vierte una gruta esencias y frescura,
y hay un coró de ninfas que asegura
verde laurel á la gentil cabeza.

Dos fuentes de las peñas se desmandan
entre ramajes y aromadas pomas,
y leche y vino en sus raudales mandan.

Ungen el aire asiáticos aromas,
y por cima del carro se desbandan
espirales de espléndidas palomas.

X

Dos cazadores con venablos de oro,
de numerosos perros circundados,
que Hircania regaló de sus collados
para ornamento del festín sonoro,

van escuchando el encendido coro
de entusiásticos himnos, dedicados
al dios que lleva á su poder atados
tanto regio esplendor, tanto tesoro.

Arboles de magnífico follaje
ponen dosel de agreste poesía
al cuadro halagador con su ramaje.

Y en sus hojas estalla la armonía
de cien aves de espléndido plumaje
que en bellas jaulas regaló Etiopía.

XI

Siguen el lento paso torvas fieras
de hirsuta piel en tintas salpicadas,
elefantes de trompas enroscadas,
las de diente voraz rubias panteras.

Con lanas como blondas cabelleras
van las llamas de formas delicadas,
y las alas de armiño immaculadas
abren los cisnes como dos banderas.

Aguilas de pupila rutilante,
de duras garras y de corvo pico,
nobleza prestan al festín brillante.

Y el pavo real de tornasoles rico,
desata la baraja deslumbrante
de las plumas sin fin de su abanico.

XII

Cierra la marcha espléndido y grandioso,
un grupo de cien carros resonantes,
donde avestruces, ciervos y elefantes,
pasan en un desfile esplendoroso.

Baco en medio deslumbra victorioso
coronado de pámpanas flotantes,
entre sabias ciudades que triunfantes
simbolizó el artista prodigioso.

El vino en copas cinceladas prueban
sátiros que, beodos, van saltando
y á las bacantes lúbricas sublevan.

Y esclavos rudos á compás danzando,
ébano en troncos colosales llevan
sobre los recios hombros descansan lo.

XIII

Y entre esa orgía de placer profundo,
pasma y asombro del cerebro humano,
que atraviesa en desfile soberano
con su tropel de carros rubicundo;

Entre ese delirar vivo y jocundo,
río que corre al lóbrego Oceano
donde revueltas en su estruendo vano
van á morir las glorias de este mundo,

la antigua sociedad, roto su cielo,
siente que en sus espaldas se desploma,
y herida pliega el vacilante vuelo

Borra el festín su embriagador aroma,
se apagan las antorchas, tiembla el suelo,
¡se abre el abismo, y se sepulta Roma!

LAS MADRES

Sobre la techumbre
que cubre mi lecho,
tapa de sepulcro
con quien me confieso,
oigo por las noches
la cuna de un niño romper el silencio,
y esa melodía constante acompaña
como un dulce amigo mis largos recuerdos.
A veces la cuna
se para un momento
y un triste vagido, muy triste, muy triste,
se escucha á lo lejos
en la noche muda, más triste y más sola
que el mismo lamento ;
y la santa madre
vuelve al de la cuna blando bamboleo,
y se acalla el lloro del insomne niño
mientras el columpio le sigue meciendo.

Mas apenas para
 la cuna su ritmo que extinguese lento,
 otra vez el vagido penoso
 se clava en el alma más hondo y más tremulo;
 y otra vez la madre con mano sublime
 balancea á su dulce pequeño,
 y un suave efluvio cual de adormideras
 parece que esparcen sus líricos dedos...
 Poco á poco las luengas mecidas
 acortan su vuelo,
 y de cortas, aún van á más breves,
 y de breves, á un leve cuneo
 que apenas se siente, que apenas se escucha
 cual rumor inefable del cielo,
 y la mano que mece y que mece
 ya es seda que cruje, ya es giro del viento,
 ya es pluma que pasa,
 ya es beso, ya es brisa, ya es roce, ya es sueño.
 ¡Oh, cómo las madres
 saben esa escala de blandos descensos
 que duerme los niños de todas las razas
 con la melodía del ritmo materno,
 y mueven las cunas con largas mecidas,
 después les acortan su armónico vuelo,
 después les reducen sus lentos vaivenes
 como si los ángeles las fuesen midiendo,
 hasta que las truecan
 sutil movimiento,
 el imperceptible rumor de la brisa,
 el imperceptible reirse del céfiro,
 y por fin la música de vagos andares
 que se oye en el hondo latir del silencio.
 Y en cuantos instantes el niño rebulle
 su cuerpo de pájaro y exhala el lamento,
 ¡qué divina paciencia! la madre
 con igual y sublime cuneo

principia otra escala de largas mecidas
 como una cadencia de ritmos diversos
 que transmite al columpio amoroso
 la magia del cielo,
 y forma otra larga, menguante escalera
 de leves mecidas que vanse extinguiendo
 cual si reglas divinas y sabias
 fuesen graduando su dulce descenso
 que apenas se nota, que apenas se siente,
 igual que un crepúsculo que va anocheciendo,
 hasta que el acento del niño se calla
 en un esponjoso dormir de su cuerpo,
 y sólo se escuchan mil músicas leves
 cual si respirase la marcha del tiempo.
 Alma solitaria que duermes tu niño
 con el sacrificio de tu amor más tierno,
 sin que sobrecoja tu pecho la ira,
 sin que se impaciente tu santo cerebro,
 sin que puedas dejar de ser madre
 ni un solo momento;
 alma solitaria que noches y noches,
 todas las larguísimas del lóbrego invierno,
 toda tu cadena de noches sin número,
 toda tu cadena de insomnios sin término,
 te escucho amorosa meciendo tu cuna,
 te escucho tu niño divino meciendo:
 ¡oh, tú sí que sabes al son de tu lira
 rimar grandes versos,
 y tejer tu vida, tu amor, tus entrañas,
 al pasar y volver de tu péndulo!
 Hilandera sublime que hilas
 al son de tu cuna los hombres, los tiempos;
 musa excelsa, vestal inmutable,
 ¡quién pudiera imitar tus ejemplos
 y arrullar de las penas humanas
 el lloro perpetuo,

y dormirlas con largas mecidas
que se escalonaran con ritmos eternos!
¡Oh poetas, oh madres sublimes!
vosotras tan sólo sabéis hacer versos;
la cuna, es la lira de todas las razas;
y el cordaje inmortal, vuestros dedos.

LA MUJER ANDALUZA

Tras de la cancela
de férreo bordado
parecida á un alegre arabesco
que separa la calle del patio,
se mira entre el nimbo
que cierne la tela del lodo anillado,
un perfil de mujer que va y viene
en la mecedora que rueda en el mármol.
Entre dos surtidores distintos,
el de notas que tira el canario
desde el filarmónico cristal de su buche
hasta la alegría del aire dorado,
y el que eleva cual tallo de espuma
la fuente de puro tazón de alabastro,
entre el brinco de notas, y el brinco
del cristal rumoroso y rizado,
un tercer surtidor de cantares
que con la vihuela se está acompañando,
eleva á los aires la ardiente andaluza
desde su abriñena garganta de nardos,
hasta los cordeles del toldo, en que duermen
en largas hileras de noche los pájaros.

Los tres surtidores, uno que es de trinos,
otro que es de gotas, y otro que es humano,
parecen tres seres, tres almas que vibran
y pasan la vida riendo y cantando.

Mientras con menudos pellizcos puntean
sobre las seis cuerdas sus dedos elásticos,
canta así la mujer encelada
con su voz de felpa de dulzor amargo:

Cuando por la reja
contigo no hablo,
se me desbaratan contra los bordones
los huesos llorando.

Y la larga cola llena de suspiros
con que acaba el lamento gitano,
la cola parece
de los pavos reales, que impreso á lo largo,
llevan redondeles de rosa de seda,
llevan esculpidos claveles de raso,
llevan cincelados mil lirios de luces
como pensativos reflejos morados;
y al par que la cola, cual la de la copla,
se va desliando,
abre el real plumaje más rosas de rumbo,
otros clavelones de luz más bizarros;
y otros semicírculos de oscuras pupilas
cual tornasoladas ojeras de rayos.

Cuando se descarga su sangre de celos,
la mujer se ensimisma mirando
el rubio cernerse de sol que gotea
desde el toldo, cayendo en el patio,
por cuya blancura
cual los hormigueros que van resbalando,
van regueros de oro subiendo los muebles,
azulejos, floreros y cuadros,
hasta que se borran rimando en pajizo
al dar en la veste gentil del canario,

y salen á poco
de la túnica de oro del pájaro,
y otra vez se miran los áureos regueros
cual vivas migajas de sol caminando.

Pasa un abejorro
y pega un porrazo
contra el frágil cristal donde preso
queda unos segundos tamborileando.

Una golondrina
tararea en el techo su canto,
y un gato pianista recorre en un juego
los dientes sonoros del loco teclado.

Arrastra la tarde su manto de luces
y la diosa encantada del patio
acude á la reja donde se divisa
un perfil petulante y gallardo.

Las tres mil campanillas que cuelgan
de la enredadera tejiendo sus lazos,
el viento sacude, y al amor replican
todas volteando...

Luego nacarea
la luna los vidrios con íntimo rayo,
cual con leve pincel de ilusiones
y ensueños untado...
y después se despliega la aurora
en violento carmín chorreando,
y otra vez en la siesta, andan, andan
los recortes de sol por el mármol,
y así vive la diosa andaluza,
la fabricadora de idilios lozanos,
la que se enamora de un hilo de araña,
de un color, de un sueño, de un vidrio, de un pájaro,
la alondra andaluza,
á quien una cuerda la inclina hacia el canto,
á quien una fuente la incita á lo heroico,
y á quien un amante la rinde en sus brazos.

SOPOR...

Granada, en la siesta, doblégase al sueño,
se nimban las casas con orlas de fuego,
la cal resplandece los muros tiñendo
y ofusca los ojos con brillo de incendio.

La luz, exaltada cual ojo epiléptico,
alumbra los muros, abrasa los huertos;
á plomo el sol hiere repisas y aleros,
y sombras dentadas dibuja en el suelo.

Del húmedo aljibe las piedras cubriendo,
teje el culantrillo su cálido velo,
y está, sibarita, el agua en su lecho,
como en blanda cama de vidrio durmiendo.

La fuente del patio mozárabe y fresco
con son uniforme recita su verso;
canción aprendida de vate agareno
que puso á sus rimas *Leyenda de sueño*.

Allá, en el paisaje dorado y espléndido,
los álamos cantan no sé qué misterios;
parece que amantes están repitiendo
las églogas dulces de líricos griegos.